



Lectura del santo evangelio según san Marcos 9, 2-10

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: “Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.” Estaban asustados, y no sabía lo que decía.

Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: “Este es mi Hijo amado; escuchadlo.”

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.”

Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».

Palabra del Señor.

Comentario

Jesús se lleva consigo a Pedro, Santiago y Juan. Son tres amigos que mantienen una relación más íntima con el Señor. Hoy es con cada uno de nosotros donde el Señor quiere mantener un encuentro de intimidad. El Señor nos llama por nuestro nombre y nos invita a ir con Él, a estar con Él.

El señor lleva a los apóstoles a una montaña alta. La montaña es lugar de la presencia de Dios, la montaña es lugar de silencio, de soledad, de encuentro con Dios.

El Señor nos quiere llevar a un lugar tranquilo para que podamos estar con Él. la semana pasada era el desierto hoy es la montaña. Es una invitación que nos hace el Señor a buscar ocasiones de intimidad con Él.

Están en la montaña, están profundizando en su amistad y el Señor les revela su corazón, el Señor les manifiesta ante sus ojos su divinidad. Pedro, Santiago y Juan han visto cara a cara a Dios.



¡Qué gran suerte la de los discípulos! Han podido comprobar realmente quién es Jesús. De aquí la importancia de estar a solas con el señor para ir descubriendo los secretos del corazón de Dios.

Ante la presencia de Dios sus vestidos se vuelven blancos. Hay una transformación exterior ante la presencia de Dios. Una transformación que nos habla de la pureza externa e interna. Ante la presencia de Dios sólo puede estar un corazón puro.

Aparecen Moisés y Elías que conversan con Jesús. Moisés y Elías son los que representan la Ley y los Profetas. Es un signo claro de que ambos hablan de Jesús. La Ley y los profetas nos remiten a Jesús. Todo el Antiguo Testamento es una preparación para el encuentro con Jesús.

Además, Moisés y Elías son dos personajes que han tenido la experiencia personal del encuentro con Dios. Moisés en la zarza ardiente, Elías en la Brisa. Nosotros en la Eucaristía. los dos encuentros son en la montaña, lugar de la presencia de Dios, nuestro lugar es la parroquia donde está la presencia de Dios.

Pedro está en la gloria. Está tan bien que sólo piensa en quedarse allí. No quiere bajar, no quiere volver a lo terrenal. ¡Qué gran experiencia es disfrutar del cielo! Quiere hacer tres tiendas para Moisés, Elías y Jesús. Sólo piensa en disfrutar al máximo de la presencia de Dios.

En ese momento de gracia plena donde parece que no se puede añadir nada más hace su presencia Dios Padre. La nube es el signo para indicar la presencia celeste de Dios Padre.

Y de nuevo la misma proclamación que el día del Bautismo del Señor: Este es mi Hijo amado, escuchadlo. Dios Padre señala a Jesús como su Hijo. es muy importante este detalle. Jesús no es una buena persona sin más sino que es el Hijo de Dios.

Aceptar esta verdad de fe en nuestra vida implica un cambio total. No es lo mismo seguir a una buena persona que ser seguidor del Señor. A los discípulos les costará ser conscientes de esta realidad. Han comprobado su divinidad, han escuchado la voz del Padre, y aun así tendrán sus dificultades en los momentos cruciales.

Además, Dios Padre nos invita a escuchar a Jesús. ¿Qué nos tiene que decir? ¿Cuál es su mensaje? Hay varios acontecimientos que pueden dar la clave de lo que Jesús nos dice, yo me quedo con uno: Amaos unos a otros como yo os he amado.

Un amor que se manifiesta en el misterio pascual, es decir, en la pasión, muerte y resurrección del Señor. En definitiva, el Señor nos conduce a participar del Amor de Dios y a compartirlo con todas las personas con el ejemplo de nuestra vida.

Dios Padre ha vuelto a proclamar que Jesús es su Hijo y todo vuelve a la normalidad. Hay que volver a la tierra. Hay que cumplir la misión que el Padre ha encomendado a Jesús.



*Comentario al Evangelio II Domingo Cuaresma
Gn 22, 1-18; Sal 115; 1Rm 8, 31-34; Mc 9, 2-10*

Jesús les manda que no cuenten nada de lo que ha sucedido. Es una advertencia para evitar malas interpretaciones. El Señor quiere acercarse a cada uno de nosotros sin imponernos nada, por eso, lo hace desde la humildad del pan y del vino para que descubramos por estos medios su presencia divina.

Y ya les adelanta el final de la historia: su resurrección de entre los muertos. Los discípulos no entienden en este momento estas palabras. Y es normal. Necesitan estar más tiempo con el Señor, necesitan conocer y comprender cómo actúa Dios.

Sólo cuando vuelvan a mirar su vida con los ojos de la fe serán capaces de comprender el misterio de Dios y el amor que Dios tiene por todas las personas.